

IDEAS ABIERTAS

La trampa del “sé tu propio jefe”: cuando emprender en Bolivia no es un sueño, sino un salvavidas



Jael Noemi Condori Valencia

Estudiante de comunicación social

24 de octubre de 2026 | 21:34 hrs.

jaelnoemicondorivalencia@gmail.com

Ayer, al terminar mis clases en la universidad, conté cuántos de mis amigos o conocidos tenían un trabajo con seguro de salud: apenas dos. Los otros venden ropa por TikTok, reparten pedidos bajo el sol de La Paz o revenden cosméticos en ferias de El Alto para pagar sus fotocopias. ¿En qué momento decidimos disfrazar la precariedad laboral de una generación entera con el eslogan motivacional de “ser tu propio jefe”?

Vamos por partes, cuando una palabra de moda intenta ocultarnos la realidad. Nos han repetido hasta el cansancio en seminarios, redes sociales y discursos oficiales que la juventud boliviana posee un ADN emprendedor imparable y que basta con tener ‘mentalidad de ganador’ para conquistar el mercado. Sin embargo, cuando apagamos el entusiasmo y vemos la evidencia, el diagnóstico cambia por completo. El problema no es que los jóvenes bolivianos quieran emprender. El problema es que el mercado laboral formal les ha cerrado las puertas en la cara. Y llamamos “espíritu emprendedor” a lo que en realidad es supervivencia forzada en la precariedad.

Para comprender esto, primero debemos examinar el mundo laboral. Según informes de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y análisis basados en la Encuesta de Hogares del Instituto Nacional de Estadística (INE), más del 80 % de la población ocupada en Bolivia trabaja en la informalidad, y apenas uno de cada diez jóvenes logra acceder a un empleo formal con salario estable, seguro de salud y aportes para su jubilación. Esta escasez de plazas dignas empuja a miles de jóvenes a inventarse el pan diario a la intemperie, sin protección ni derechos laborales. Pensemos en Camila, una ingeniera comercial titulada con honores que, tras enviar ochenta currículums sin respuesta durante un año, hoy hornea queques

de madrugada en la cocina de su madre para venderlos por WhatsApp: no estamos ante un caso de innovación, sino ante autoempleo de subsistencia maquillado de modernidad.

Pero hay algo peor que empujar a los jóvenes a saltar al vacío sin paracaídas. De acuerdo con registros del Servicio Plurinacional de Registro de Comercio (SEPREC) y datos expuestos en 2026 por la Cámara de Jóvenes Emprendedores, cada año nacen en Bolivia cerca de 4.000 nuevas empresas lideradas por jóvenes de entre 18 y 28 años; sin embargo, entre el 80 % y el 90 % de estos negocios desaparece antes de cumplir los dos años de vida. Ese naufragio masivo no ocurre porque a nuestros estudiantes les falten ganas, talento o madrugadas de sacrificio, sino porque se enfrentan en solitario a trámites asfixiantes, a la ausencia de capital semilla y a un régimen tributario que penaliza a quien intenta empezar desde cero. La escena se repite, un joven compromete los ahorros familiares para alquilar un pequeño local de venta o comida rápida, resiste dieciocho meses pagando alquileres e impuestos sin respaldo financiero y termina bajando la persiana con una deuda bancaria que hipoteca su futuro antes de cumplir los veinticinco.

A esta fragilidad institucional se suma una tormenta económica que encoge el mercado interno y asfixia cualquier iniciativa nueva. Investigaciones académicas recientes sobre emprendimiento juvenil en Bolivia (2025-2026) revelan que el 59,9 % de los jóvenes que emprenden cuenta con formación universitaria, pero la gran mayoría apenas genera ingresos fluctuantes en comercio electrónico o servicios básicos para sobrevivir al mes, en un país donde la Fundación Jubileo advirtió en julio de 2026 que la pobreza por ingresos ya alcanza al 47,7 % de la población, es decir, a cerca de seis millones de bolivianos. Cuando casi la mitad del país recorta sus gastos a la canasta básica por la inflación alimentaria, el pequeño negocio juvenil pierde a su clientela de la noche a la mañana. Basta recorrer cualquier galería comercial en La Paz, Cochabamba o Santa Cruz un martes por la tarde para ver a decenas de jóvenes profesionales sentados detrás de un mostrador vacío, mirando la pantalla del celular mientras esperan un pago mediante QR que apenas alcanzará para reponer la mercadería del día siguiente.

Si miramos por el espejo retrovisor de nuestra propia historia económica, advertiremos que este fenómeno no cayó del cielo ayer. Así como la relocalización de 1985 expulsó a miles de trabajadores mineros y fabriles hacia el comercio gremial bajo la promesa de la libre iniciativa, hoy asistimos a una relocalización silenciosa de la juventud universitaria hacia las plataformas digitales y las ferias de comerciantes. La diferencia es que en los años ochenta nadie tenía el cinismo de llamar *CEO* o *founder* a quien salía a vender a una acera para sostener a su familia. Hoy, en cambio, la industria del positivismo tóxico les vende a los jóvenes la ilusión de que si su negocio quiebra frente a la falta de divisas, el encarecimiento de los insumos importados o la caída del consumo, la culpa es exclusivamente suya por 'no esforzarse lo suficiente' o no trabajar dieciséis horas al día. ¿Acaso alguien cree

todavía que romantizar el agotamiento crónico de nuestros jóvenes equivale a tener una política de empleo juvenil?

Tal vez haya personas con argumentos como: no todos los jóvenes emprenden por desesperación; existen vocaciones genuinas, *startups* tecnológicas admirables en el país y muchachos que prefieren la libertad de crear su propia empresa antes que cumplir un horario de oficina. Y tienen razón. Sería una actitud injusta y ciega negar el mérito de quienes, con vocación real, desarrollan software, industrializan alimentos tradicionales o lideran negocios verdes innovadores desde nuestras ciudades. Pero confundir esa pequeña excepción con la regla general es una trampa peligrosa: los diagnósticos laborales coinciden en que la gran mayoría de los emprendimientos en economías altamente informales como la boliviana nace por necesidad de ingresos y no por oportunidad de mercado. Celebrar el ingenio de quien fabrica una balsa en medio de un naufragio es válido; usar esa balsa como pretexto para que el Estado y el sector productivo renuncien a construir barcos seguros es una irresponsabilidad gigante.

Los jóvenes trabajadores ahora dividen su jornada entre el aula universitaria, el reparto de pedidos o las ventas por catálogo y la publicidad en redes sociales y pienso en el país que se está moldeando nuestra generación. Si seguimos maquillando la precariedad laboral con discursos motivacionales de escenario, en diez años no tendremos una nación de empresarios prósperos, sino una generación de profesionales endeudados, exhaustos y sin jubilación que habrán envejecido creyendo que la falta de oportunidades fue por que no le pusieron ganas. Bolivia no necesita más charlas sobre cómo triunfar sin capital ni más aplausos vacíos al sacrificio solitario; necesita inversión productiva, incentivos reales para el primer empleo formal, crédito semilla con asesoramiento real y una normativa que deje de tratar al joven que emprende como a un contribuyente bajo sospecha. La próxima vez que usted compre un producto de manos de un joven profesional en una feria o por redes sociales, mírelo a los ojos y hágase una pregunta honesta: ¿lo estamos impulsando a cumplir sus sueños o simplemente aplaudiendo su resistencia mientras le quitamos sus oportunidades?